



PUERTO DE MANZANILLO.

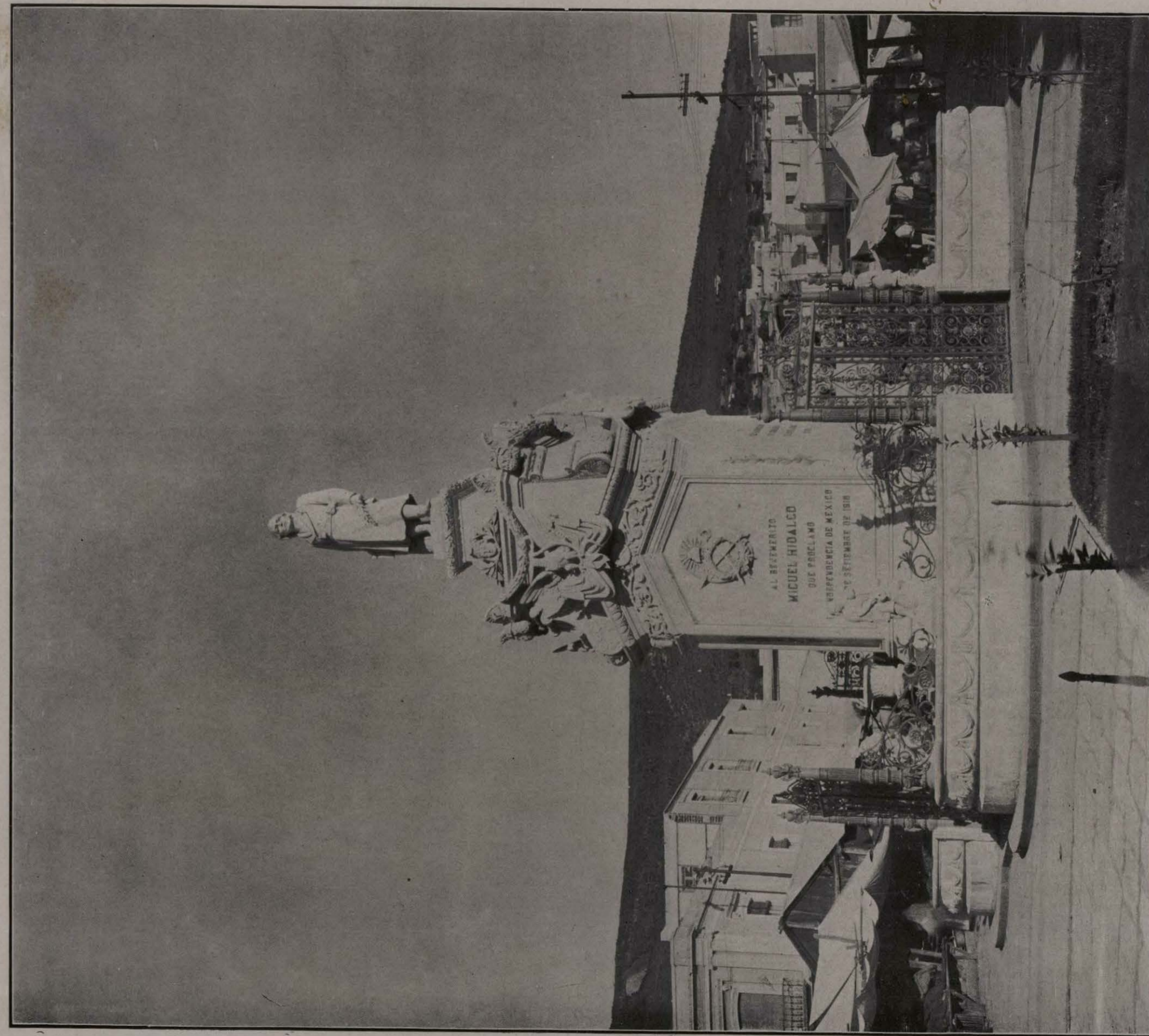
Oculto en un repliegue de la costa brava del Pacífico, cuyos cantiles escarpados levantan la frente casi sin interrupción desde el extremo litoral de Punta Arenas, al Sur de las Américas, hasta los bancos septentrionales de Vancouver, el puerto de Manzanillo se retrata en las aguas profundas y transparentes de su bahía, colgado de los cerros que la ciñen cual un engaste de madreporas. Aquel espejo de zafiro, aquel tazón de rocas labrado sobre un lecho de concha nácar, es una maravilla de la naturaleza. A su abrigo se acogen los navíos durante las tormentas del Grande Océano, y cuando las borrascas equinociales levantan las inmensas marejadas del Pacífico, y montañas de espuma vienen á estrellarse fragorosamente contra las peñas de la costa, las azules aguas de Manzanillo apenas si se agitan por el oleaje de la mar, contenido en su ímpetu rabioso por los costados de la entrada de este puerto, á la furia desordenada de los elementos.

Las costas del Pacífico, alzan dondequiera, á lo largo de todo el litoral americano, frentes de granito al embate del mayor de los océanos; mas en aquella muralla donde muere el talud occidental de la cordillera de los Andes, hundiendo en las olas enhiestos bastiones, cuya dureza resguarda al Continente de la rabia del océano, ábrense algunos de los

puertos más perfectos del mundo, y entre los más hermosos, pertenecen á nuestra patria las admirables bahías de Acapulco, Topolobampo y Manzanillo.

A los muelles de este último acaba de llegar la férrea arteria de los ferrocarriles, poniendo en comunicación el comercio de uno y otro océano, unidos ya por la primera vía intercontinental que cruza el país en su mayor anchura; y ligando el centro de la República con aquel apartado litoral, antes aislado de la civilización por la más abrupta de las cordilleras que cortan el suelo mexicano. Ese acontecimiento es de consecuencias trascendentales.

El comercio del Oriente con el mundo occidental se inicia en proporciones gigantescas al despertar de naciones asiáticas que pueblan millones y millones de seres humanos; esos países, despertados á la civilización, reclaman en cantidades enormes los productos elaborados del industrialismo europeo, devolviendo en cambio los artefactos curiosos y exquisitos de su exótico trabajo, y este movimiento recíproco del tráfico, que será más grande cada día, busca con avidez el camino más breve, económico y seguro, y lo encuentra por el Ferrocarril de Manzanillo; ó cruzando el espinazo de la Sierra Madre en la silla de montar de Tehuantepec.



ESTATUA DE HIDALGO. PACHUCA, E. DE HIDALGO.

La capital del Estado que lleva el nombre del héroe inmortal á quien los mexicanos debemos la independencia, ha levantado un monumento á su memoria, como justo tributo del patriotismo levantado que siempre distinguió á los hijos de esa entidad federativa.

La iniciativa de la estatua del libertador pertenece á Don Francisco Cravito, gobernante que fué del Estado de Hidalgo, y á quien éste es deudor de importantes adelantos.

No carece de mérito artístico este monumento, y aun podría engalanarse á cualquier capital. Está construido de mármol, rico y limpio material que abunda en las canteras hidalguenses; pero la escultura del héroe fué labrada en Italia, y es de blanco y bellísimo Carrara. El pedestal luce labor bastante afiligranada. Lo circuye un zócalo circular, con puertas y reja de hierro. Al pie se yerguen cuatro figuras escultóricas. Las caras del pedestal ostentan inscripciones referentes á la dedicación del monumento, y, por cima de la principal, una corona alegórica que corona el gorro de la Libertad.

La cornisa es de trabajo muy fino; sobre ella descansan majestuosamente cuatro aguilas en el trofeo nacional.

La figura del héroe manifiesta un tratamiento plástico bastante bien acabada. Viste la clásica levita del cura; la actitud es conmovedora. De la anchura frente parece irradiar el pensamiento sublime que dió libertad al pueblo mexicano.